

TOUT S'EST BIEN PASSÉ / TODO HA IDO BIEN

Preparándose para morir

JAIME IGLESIAS

Hay personas que forman parte del paisaje humano del Festival, cineastas que han ido tejiendo una red de complicidades con San Sebastián hasta el punto de convertirse en unos asiduos visitantes del Zinemaldia, donde saben que les aguarda un público fiel y receptivo a sus propuestas. François Ozon es uno de esos nombres. Desde que en 2000 presentase en Sección Oficial *Bajo la arena*, el parisino ha competido en otras cuatro ocasiones por la Concha de Oro (la última el año pasado con *Verano del 85*), un galardón que logró con *En la casa* en uno de los palmarés que más consenso generó en la historia reciente del Festival. Pero la relación del cineasta con el certamen no acaba ahí, sino que Ozon también se ha prodigado (y mucho) en la sección Perlak, donde ha presentado títulos como *Swimming Pool*, *Joven y bonita* o *Frantz* y donde este año regresa para ofrecer a la audiencia donostiarra su último largometraje: *Todo ha ido bien*, que concursó en la pasada edición del festival de Cannes.

Aunque hay una serie de constantes muy reconocibles en la filmografía del cineasta francés (esa tensión entre lo aparente y lo real, el desdoblamiento de personalidad, los juegos de identidad o el cuestionamiento de una sexualidad normativa), en los últimos



François Ozon junto a Sophie Marceau durante el rodaje de la película.

años Ozon, sin descuidar esos escenarios de ambigüedad en los que se mueve con singular maestría, ha ido transitando por otros frentes definidos, también, por la incertidumbre moral pero cuyo empaque ha disuadido al cineasta de proyectar sobre ellos esa mirada voluble y juguetona que solía ser marca de estilo en sus largometrajes anteriores. *Todo ha ido bien* pertenece a este grupo

de obras cuyo antecedente inmediato sería *Gracias a Dios* (una crónica de urgencia sobre la lucha de los afectados por los abusos perpetrados por una serie de sacerdotes encubiertos por el obispado de Lyon, rodada en clave cuasi documental). *Todo ha ido bien* no está guiada por ese apremio de generar debate en torno a un tema candente, su ritmo es otro, más íntimo, más pausado (el propio del

primer Ozon), pero el asunto que sostiene el entramado argumental del film (el derecho a elegir y gestionar la propia muerte) tiene tanto calado como el de *Gracias a Dios*.

La historia está guiada por la mirada de una escritora madura (interpretada por una recuperada Sophie Marceau que llevaba desde 2014 prácticamente alejada del cine) que un día recibe la noticia de que su padre

ha sufrido un accidente cardiovascular. Este hombre, interpretado por el incombustible André Dussollier (presencia recurrente en el cine de Alain Resnais, que aquí acomete una de sus más impactantes interpretaciones) siempre ha tenido un carácter difícil y una relación tensa con sus hijas, especialmente con Emmanuelle (el personaje de Marceau), a la que, no obstante, en mitad de su proceso de recuperación hospitalaria, convence para que se encargue de gestionar su última voluntad: tener una muerte digna. Dado que en Francia la eutanasia sigue siendo una práctica ilegal, Emmanuelle y su hermana Pascale se verán obligadas a contactar con una organización suiza para cumplir con el último deseo de su progenitor.

A pesar de la gravedad del tema, Ozon prescinde de centrar su mirada en los pormenores del asunto desplazándola hacia las ambiguas relaciones entre estos tres personajes, profundizando en la idea del amor como una elección, lejos de ese valor incondicional que se les presupone a los vínculos afectivos que se dan entre los miembros de una misma familia. También cuestiona el director el carácter normativo que parece revestir el duelo, mostrando la sensación de vulnerabilidad que arrastramos cuando despedimos a los seres queridos, aunque, como en este caso, se trate de una despedida programada.

THE POWER OF THE DOG / EL PODER DEL PERRO

El regreso de Jane Campion

CARLOS ELORZA

Llevaba doce años apartada de la dirección cinematográfica. Desde *Bright Star*, Jane Campion sólo había dirigido algunos episodios de la serie de televisión *Top of the Lake*. Y su regreso ha sido por todo lo alto ya que hace unos días se acaba de llevar el León de Plata a la mejor dirección en la última Mostra de Venecia.

Parece que a la directora australiana le sienta bien el cine de época. Ella fue la jefa en *El piano*, en *Retrato de una dama* y en la mencionada *Bright Star*. Y lo confirma con esta adaptación en la que de la mano de Netflix adapta la novela de Thomas Savage.

Ambientada en Montana en los años veinte del siglo pasado, *The Power of the Dog* (*El poder del perro*) es un magnífico western entre épocas. Una película de vaqueros. Pero de cuando el Oeste dejó de ser frontera. Cuando ya no hay terrenos que explorar, ni indios a los que combatir, sino granjas que gestionar

y negocios que atender. Y cuando los automóviles empiezan a sustituir a los caballos como medio principal de transporte. Es precisamente esa tensión entre la adaptación a un nuevo tiempo y la añoranza por el pasado junto al encuentro entre la cultura del macho de toda la vida y la masculinidad frágil lo que conforma el núcleo dramático del film.

Sus protagonistas son los hermanos Burbank, propietarios de un inmenso rancho con miles de cabezas de ganado. Hasta este momento han formado un equipo perfectamente compenetrado. Phil (Benedict Cumberbatch) es carismático, brillante, testarudo y se resiste a aceptar el cambio que viene. George (Jesse Plemons) es pragmático, discreto, amable y consciente de que es mejor pasar página al pasado y abrirse al futuro. Por ello, cuando tiene oportunidad, se casa con Rose (Kirsten Dunst), la viuda del pueblo y madre de Peter (Kodi Smit-McPhee), un joven sensible, afeminado y completamente fuera de lugar en el rudo am-



biente de un rancho. Este matrimonio desatará un tenso conflicto entre los hermanos, formando un inquietante triángulo de relaciones que reavivará en Phil la nostalgia por el pasado y por la relación de ambos hermanos con un antiguo mentor, y que acabará complicándose cuando surja una inesperada y ambigua relación entre dos personajes supuestamente tan opuestos como Phil y Peter.

Campion decide contar esta historia partiendo de eventos puntuales que marcan la personalidad y la evolución de los personajes. Su interés está sobre todo en que el espectador entienda a los personajes y sus motivaciones. A partir de momentos de gran intensidad dramática a pesar de su apariencia de cotidianidad. Sugerentes, pero elocuentes. Ya sea el simple hecho de que el hombre

colabore en las tareas del hogar, la provocación de un banjo que replica a un piano, un silbido acosador, una extraña sombra en la montaña o en la forma más sensual imaginable de acariciar una silla de montar. Y todo ello en unos impresionantes paisajes de Nueva Zelanda 'disfrazada' de Montana y con la banda sonora del siempre inspirado, estimulante y evocador Jonny Greenwood.